

VI

Luisa de Farges

Cualquier otro que no hubiese sido Agostino habria abandonado la partida. Aquel último contratiempo podía, en efecto, ser mortal para la obra siniestra que el marques habia emprendido, y aún para él mismo, pues se acababa de descubrir por completo, como se dice en términos de esgrima, fracasando en una combinacion tan audaz y tan cobarde al mismo tiempo, cual la de verter veneno en la *bávava*. El marqués contaba, sin duda, con que su rival, no habiendo dado cuenta á la policia de la agresion de que habia sido objeto, tambien guardaba para sí el secreto de aquel nuevo y horrible atentado. Pero entonces el peligro era mayor y más próximo. Si Solignac denunciaba, por ejemplo, á Luis Saverio, el mozo hablaría. Agostino, sin embargo, pronto se tranquilizó sobre este punto. Luis habia desaparecido. No se le habia vuelto á ver en Frascati, y se le buscaba inútilmente; debia hallarse lejos de Paris.

—No importa,—se decia Ciampi,—en esta cla-

se de asuntos es preciso que los resultados sean inmediatos, pues son cosas que no se pueden emprender dos veces.

Dos veces, sin embargo, habia fracasado en su empresa, y ahora no era solo el coronel de Solignac, sino tambien la condesa de Farges la que conocia el secreto del marqués.

Una esperanza le quedaba á Ciampi. Luisa no habia podido sospechar que el marqués de Olona estuviese mezclado en la historia de la bebida envenenada. Luis Saverio, al escapar, se habia condenado á sí mismo.

Agostino tenia preparada una version para el caso de que Solignac le hubiese acusado ante la condesa.

La diria que la *bávava* no estaba envenenada, pero suponiendo que lo estuviese, el culpable era aquel Mariani, antiguo soldado desertor, que quizás habria servido bajo las órdenes del señor de Solignac y le profesaria algun ódio terrible.

Estaba además obligado á seguir hasta el fin el camino que habia emprendido. La simpatía que le profesaba el señor de Navailles habia tomado la proporcion de esos cariños de viejo, infantiles, absolutos y mezclados con una gran dosis de egoismo. El señor Navailles queria al marqués de Olona porque «el amigo de los príncipes» le contaba infinidad de detalles, algunas veces falsos y otras exactos, de la vida íntima de Luis XVIII en el extranjero, de los versos y las fábulas que componia el rey ó de las ridiculeces del emperador y el peligro que habia corrido en Schenbrunn, donde un fanático de

diez y siete años, Federico Staabs, que no estaba loco, según dijo Corvisart, se había arrojado sobre Napoleón para herirle con un gran cuchillo.

Estas conversaciones agradaban mucho al viejo marqués, y Luisa de Farges comprendía que le sería preciso sostener una lucha decisiva para resistir victoriosamente á la voluntad de su abuelo. Desde la dramática aventura de Frascati, la condesa estaba más resuelta é implacable que nunca, porque adivinaba quien era el enemigo que perseguía al coronel del regimiento de Bercheny.

Solignac había afirmado que el último golpe no partía de Andreina. Luego partía de Agostino. Si no era ella debía ser él.

Luisa, sin embargo, nada dijo por el momento de sus sospechas, ó más bien de su certidumbre al coronel; temía herirle repitiendo el nombre de Andreina. Su ternura había aumentado, porque advirtió tan ardiente y generoso cariño en la expresión y en la mirada de Solignac al arrancar de sus manos la copa mortal, que Luisa de Farges se sentía poseída de un gozo íntimo y saboreaba aquel terrible recuerdo como el de un momento de felicidad.

Solignac fué al día siguiente al hotel de Farges para informarse de la salud de la condesa. Temía una crisis cualquiera, tan natural después de semejante impresión; pero lejos de eso halló á la condesa risueña, alegre, tranquila, con su acostumbrada sonrisa de niña á quien la vida no ofrece contrariedades, á quien el peligro no inquieta ni hace palidecer.

El coronel no pudo disimular su sorpresa y su alegría.

—¿Sabeis, coronel—dijo Luisa,—que vuestra sorpresa es casi un insulto? ¿Me considerais con tan poco valor, que la menor emoción pueda trastornarme? ¡Pues no es así! ¡Soy digna de teneros por amigo!

La conversación siguió así, bajo el tono ligero de costumbre. La condesita experimentaba un placer secreto en no dar pretexto á Enrique para dejar escapar una declaración que adivinaba ya en los labios del coronel.

Sin ser experta en materia de sentimiento, le agradaban instintivamente esas situaciones encantadoras que los geógrafos refinados, pero profundos, de la *Carte du Tendre* bautizan con nombres dulces y halagüeños.

En amor siempre se llega, en efecto, demasiado pronto. El final es humano; lo que es divino es el camino—no el camino real sino la vereda tortuosa.

Solignac no se atrevía, era tímido ante aquel amor que, en adelante, debía constituir toda su vida. Luisa tampoco se atrevía aquel día á nombrar al hermano de Andreina, y entre el coronel y la condesa parecía existir un doble secreto; el de su amor y el de un odio común.

Era, no obstante, imposible que el nombre de Agostino dejara de pronunciarse.

Luisa de Farges enteró al coronel de la extraña amistad que profesaba el señor de Navailles al marqués italiano, y, sin atreverse á revelarle cuáles eran los proyectos del abuelo, preguntó

al coronel de qué medios podría valerse para alejar del hotel al señor de Olona.

Solignac palideció y repuso simplemente.

—¡Ponedle en mi presencia!

¡Una provocación! No era esto lo que quería Luisa. Lo único que deseaba era despedir definitivamente á Ciampi.

Hablar de Agostino á Solignac era para ella una cosa cándente y dolorosa. Bajo el nombre del hermano se ocultaba siempre, por decirlo así, el nombre de la hermana.

Solignac no trató de disimular ni atenuar los sentimientos que le inspiraba Ciampi.

—Tengo un amigo,—la dijo,—un hermano de armas, el mejor corazón y el alma más elevada que conozco en este mundo. Ese hombre ha amado con todas las fuerzas de su alma á una mujer de pobre imaginación novelesca y vacilante que ha buscado la dicha en donde no se hallaba, despreciando la que tenía á su lado eterna y fiel. Esa mujer tenía un nombre respetado, un esposo consagrado á ella y un hogar honrado en el que penetró, como un ladrón, uno de esos traidores que dan la mano al marido y le roban el honor! Y ahora la infeliz llora, viendo claramente su dicha perdida, y mi compañero de armas espera, oculto en un rincón de París, que doce balas de los soldados que hace poco mandaba vengán á librarle del dolor que le causan, la cobardía de aquel miserable y la falta de aquella desgraciada!

—¿Qué queréis decirme con esto?—preguntó Luisa de Farges, profundamente conmovida.—

¿El marqués de Olona está mezclado en la existencia de vuestro amigo?

—He hablado de traición y ya no necesitaba nombrarle. ¡El ladrón del honor es él!

—¿Y cómo no me habeis hablado nunca de ese hermano de armas?

—Me parecía que su secreto le pertenecía; pero ahora me interesa explicaros por qué aborrezco al hombre que le ha herido en el corazón, y por qué, tarde ó temprano, quiero y he de castigarle.

—El marido engañado, ¿no puede vengarse por sí mismo?

—No puede dar un paso por París sin arriesgar su vida.

—Entonces, ¿quién es ese hombre?

—Un hombre que vale más que yo, señora, y que ha dado su vida por la más noble quizás de las quimeras, la libertad.

—¿Ha dado su vida?—Dijo Luisa.

—Ya habría sido condenado á muerte y fusilado, si yo no hubiese conseguido hacerle escapar de la prisión del Temple.

—¿El comandante Riviere?—contestó Luisa, que conocía como todo París aquella evasión. —¿Cómo, fuisteis vos, coronel?...

—Yo arriesgué por salvar á un amigo que hubiese dado su vida por mí, el tener que presentarme ante un consejo de guerra. ¿Pero qué jueces hubiesen tenido el valor de condenarme? Y además, ¿acaso me preocupaba yo de eso! Impedir la muerte de ese hombre, era una especie de consigna, era un deber.

—¡El comandante Riviere!—repitió Luisa.—
¿Pero no está comprometido en ese complot de los Filadelfos, y no es acaso uno de esos oficiales que reconocen por jefe al coronel Oudet?

—No sé de lo que se ocupa en secreto Cláudio Riviere, y quiero ignorarlo. Le quiero, le admiro, le compadezco y le sirvo.

—¿Y ese desgraciado proscrito decís que piensa en su dicha perdida?

—¿El? Caería con gusto bajo las balas, con tal de escapar al tormento diario que le produce el recuerdo de esa mujer adorada.

—¿Y ella, dónde está?—preguntó Luisa.

—En casa de la señorita de la Rigaudié.

—¿Vive allí á vuestro lado?

—Sí.

—¿Y qué hace?

—¡Pobre mujer, piensa y llora!

—¿Sufre?

—¡Expía!

—Verdaderamente—dijo la condesita con una melancólica é indulgente sonrisa, que contrastaba con la espresion habitualmente risueña de sus labios,—que se gana mucho con ser mujer honrada y, si no lo fuera por deber, debiera una serlo por egoismo.

Luego miró á Solignac cara á cara, con aire resuelto y encantador.

—Coronel, habeis conseguido arrancar á vuestro hermano de armas de la cárcel... ¿Qué diriais si yo le devolviese la libertad?

Solignac se inclinó, como quien dice:

—La empresa es difícil,

—La libertad y la vida,—añadió Luisa.

—Diria que no ignoraba hace mucho tiempo que érais una buena hada, pero que las sentencias de los consejos de guerra desafían desgraciadamente las varitas de virtudes.

—¿El comandante Riviere está condenado?

—Aún no; pero la sentencia en rebeldia, se pronunciará en cuanto renuncien definitivamente á apoderarse de la persona del comandante.

—¿De qué se le acusa?

—¡De conspirar contra la seguridad del Estado, contra el imperio y el emperador!

—¡Ah! ¡desgraciado, desgraciado!—dijo Luisa de Farges.

Calló un momento y prosiguió:

—Coronel, mientras hablábais, formaba un proyecto en mi pobre cabeza (ya sabeis que todas las mujeres tenemos algo de locas), y pensaba cuán hermoso sería el reunir á esos dos seres separados... él y ella...

—¿Riviere y Teresa?

—¿Se llama Teresa? Sí, Riviere y Teresa, aunque no fuese más que para hacer ver á ese marqués de Olona...

—¡Ah!—interrumpió Solignac—¡que lo mate Riviere ó que lo mate yo, es hombre muerto!

—¡Decís eso con una sangre fria, que hace temblar, coronel!

—No hablemos más de ese hombre; hablemos de Riviere. A no dudarlo, vuestro proyecto es bueno, admirable y conmovedor; es, en fin, digno de vos, señora. Pero ¿cómo realizarlo?

—Estamos hoy á 25 de octubre. Hace diez dias que el emperador salió de Viena: la ratificación de la paz ha tenido lugar el 20, y mañana, ya veis que estoy bien informada, mañana su majestad llegará á Fontainebleau. El emperador os quiere mucho. El coronel de Berchency es de los que él considera como sus oficiales favoritos, y preciso es que os profese gran afecto, mi querido coronel, para que os permita vuestros trajes ultra-reglamentarios y vuestra música de notabilidades...

Solignac se sonreía, aunque profundamente conmovido, por la esperanza, aun vaga, que Luisa le daba de salvar á Claudio Riviere.

—¿Por qué—prosiguió la joven—cuando el emperador llegue á París no le pedís vos mismo el indulto del comandante?

—¿Yo?

—El emperador no negará á un héroe el perdón de un valiente soldado.

—El emperador es inflexible en la disciplina. No comprendería que yo fuese á implorar una derogación de nuestro Código militar, terrible, pero necesario.

Además, cuando al comandante le dejaron de reemplazo, que era lo mismo en estas circunstancias que darle el retiro, ¿no traté acaso inutilmente de desarmar la severidad del ministro? Nada puedo hacer ahora en favor de mi hermano de armas ni nada pude hacer antes más que arriesgar mi vida por devolverle la libertad.

—Es cierto,—dijo Luisa,—no hay que esperar que podáis aplacar á su majestad.

Movió un momento la cabeza con desaliento; pero luego se sonrió:

—Y lo que vos no podeis obtener, no ¿habría quizás alguien que lo consiguiera..?

—¿Quién? ¡Afortunadamente, nadie sabe lo que se ha hecho del comandante!

¡Nadie! ¿De veras? ¿Y yo?—dijo la condesa.

—¿Vos?

—El emperador que me ha permitido, aunque no con frecuencia, tomarme algunas libertades con él, quizás concediera á una mujer, lo que negaría á un militar. Además me parece que habia de estar elocuente, persuasiva...

Defendiendo al comandante Riviere creeria defender á...

—¿A quien?—preguntó Solignac viendo que Luisa se detenía.

La joven no contestó, pero con acento decidido dijo:

—Vamos, ¿qué os parece mi proyecto, coronel?

—Me parece que sois la más valiente y la más encantadora de las mujeres.

—¡Ah! coronel, eso el señor de Saint-Clair lo diría casi tan bien como vos.

—Y que, si desde hace mucho tiempo no os hubiese consagrado mi más profunda adhesión, os la debería desde este instante, solo por vuestro propósito de salvar á mi hermano de armas.

—¡Gracias á Dios! Eso me agrada más que un madrigal! ¿Con que me aconsejais que hable al emperador?

—Sí, pero creed, señora, que aunque obten-